

***En el Corazón de Cristo siempre***

**CENTENARIO DEL NACIMIENTO**

*Luis María Mendizábal Ostolaza, S. J.*

1925 – 2025

**NOVIEMBRE**

*Invitados a su intimidad para siempre*

*El Cielo*



# ÍNDICE

1.- Adelante	4
2.- Vivir de veras con Cristo Vivo	6
3.- Transparencia de un corazón: Fidelidad al agrado de Dios	9
4.- Textos escogidos	12
4.1.- Llamada universal a la santidad	
4.2.- Visión cristiana de la muerte	
4.3.- El cielo	
5.- Santo del Mes: San Estanislao de Kostka	68
Oración para la devoción privada	73

## **1.- ADELANTE**

---

**175.** Siempre estamos a tiempo de ser santos.

**178.** La santidad no viene por la inteligencia. No somos santos, no por desconocimiento, sino por falta de libertad de entrega.

**232.** Seríamos santos si lo que tenemos que hacer lo hiciéramos de veras.

**486.** El cielo no lo podemos imaginar, no tiene comparación. Es algo así como cuando has tenido una consolación, es un abrazo con Cristo.

**520.** Tenemos que tener la mirada  
fija en el cielo.

## 2.- VIVIR DE VERAS CON CRISTO VIVO

---

**7. 2** Pensamos que eso de la santidad es para ciertos seres extraordinarios, (...) pero eso es una deformación del concepto de la santidad. Dios puede en determinadas ocasiones conducir a ciertas almas por esos caminos. No se trata de despreciarlos, (...) pero lo que quiero recalcar es que la santidad no está formalmente en esas rarezas o en esos caminos especiales, sino que la santidad en el fondo no es más que el cumplimiento fiel de la voluntad de Dios sobre nosotros.

Cada uno de nosotros tiene *su misión en la tierra*. Una misión que es querida por Dios, asignada por Dios, una misión que hemos de cumplir día a día a lo largo de nuestra existencia. Que no es solo una misión en general, sino que es una misión asignada cotidianamente. Que no se trata solo de 'morir bien', como a veces lo pedimos y es bueno pedirlo: tener una santa muerte; pero es fundamental que pidamos al Señor una santa vida. ¡Lo que es importantel!, el Señor nos ha dado la vida para vivir, la vida para cumplir una misión. No solo la muerte, para en ese último paso llegar a salvarnos, sino que lo que hemos de pedir asiduamente al Señor es que nos conceda *una vida santa hasta la muerte*, pero una vida santa. Vivir

santamente hasta el momento mismo de entregar nuestra existencia.

Tenemos una misión que el Señor nos asigna a cada uno de nosotros, y esa misión *no es simplemente* la de *no pecar*. Esto es lo que el Concilio quiere recalcar. A veces, ante las exigencias de la vida, la mentalidad que puede surgir en nosotros es la de: –bien, yo no soy religioso, yo no soy sacerdote, yo no soy un monje de clausura; entonces, yo me contento simplemente con no ofender a Dios. Es verdad que es muy hermoso el no ofender a Dios. Es cierto que no debemos pecar. El pecado es un límite. Pero no es simple misión de Dios únicamente el no pecar, sino ese viene a ser como un límite. Sería como decir: uno debe seguir la carretera sin salir de ella, sin caer por un precipicio, pero con esto no hemos dicho a dónde va esa carretera, qué es lo que yo tengo que recorrer a través de la carretera. Por lo tanto, no se trata simplemente de no caer en el precipicio, sino se trata de vivir esa vida.

*(Retiro Grupos de Oración 14-01-1981)*

**7. 4.** La santidad cristiana no es no tener defectos, la santidad cristiana no es el dominio psicológico de uno mismo, como se obtiene por los métodos orientales. (...) Empieza a ejercitar, desde una cierta gimnasia física hasta un dominio de las ideas, de los pensamientos, todo eso, (...) y luego le da

usted un susto y se queda impertérrito y no reacciona. ¿Eso es la santidad? No, no. (...)

La santidad es la participación en la santidad de Dios. Mucho más positiva, mucho más rica. Que puede ser que con ella yo mantenga algunos defectos y puede ser que mantenga alguna fragilidad de mis faltas, pero lo que me trae Cristo no es un método para no enfadarme, sino la riqueza de la paciencia de Dios, la mansedumbre de Cristo, riqueza positiva. La santidad va más por ahí. No es simplemente una cuestión ética, moral y nada más, eso sería un moralismo. Es un enriquecimiento, y ese enriquecimiento viene a nosotros.

*(XII Encuentro JRC 1990)*

**7. 5.** El cristiano tiene que ser como una visibilidad del amor con que Dios ama al mundo. Esa es la vida de santidad. Y puede ser visibilidad porque tiene esa caridad, y porque teniendo esa caridad, la manifiesta en su comportamiento, en su relación con los demás. Es ese amor que da la vida, no el egoísmo del hombre, y ahí está la clave. La santidad se vivirá cada día, irá creciendo solo con que en todo manifestemos el amor con el cual Dios ama al mundo. Es pues, una llamada y un programa de santidad.

*(XII Encuentro JRC 1990)*



### 3.- TRANSPARENCIA DE UN CORAZÓN

---

#### FIDELIDAD AL AGRADO DE DIOS

Ejercitaba la fidelidad en las cosas pequeñas: en el cumplimiento exacto de sus reglas y constituciones, en la obediencia pronta y sonriente a las indicaciones de sus superiores. «A la voz de la obediencia ser pronto y diligente en dejar sin acabar la letra comenzada, porque es la voz del mismo Jesucristo» (cf. *Constituciones*, Regla 34).

Hasta el final de su vida repetía con frecuencia la consigna de san Juan Berchmans: «Seré siempre fiel a aquellas cosas que aprendí en el noviciado». Decía también a menudo: «La clave de la santidad está en hacer las cosas *de veras*. ¿Que rezo el rosario?, hacerlo de veras. ¿Que hago una obra de caridad?, hacerla de veras...».

En el padre la fidelidad no era rigidez sino docilidad. Era una fidelidad impregnada de escucha, de receptividad, de quien vive atento, con los oídos abiertos, «con los auriculares puestos» para escuchar la voz de la Persona amada.

Vivía polarizado por el amor a Jesucristo; deseaba, hambreaba conocer su voluntad para

seguirla al punto, y así lo transmitía a los que acudían a él en busca de consejo:

«Sé muy fiel, no le niegues nada al Señor».

«No digas “tengo deseos de ser santa” sino mejor di “tengo deseos de agradar al Señor”, porque eso de *ser santo* parece que le hincha a uno, como si fuera cuestión de puños. En cambio, el deseo de agradar al Señor es postura más humilde, como de quien está a su servicio».

Solía explicar la sentencia de san Claudio de la Colombière: «He notado que las exigencias de la gracia causan a veces tristeza a la naturaleza. Es una tentación que podemos vencer pensando que Dios no exige esto de nosotros sino por amistad».

Había asimilado completamente el espíritu de san Ignacio: «Que su santa voluntad sintamos y aquella enteramente cumplamos».

Esa fidelidad personal al Señor procurada y mantenida a lo largo de toda su vida, junto con el carisma de dirección espiritual dentro de su vocación de jesuita, es lo que le daba una especial facilidad para ayudar a otras personas a guiarse por el agrado de Dios.

(Págs. 216-217)

Cómo no recordar en este momento, que en sus últimos días al rezar el Rosario decía: «Santa María, Madre de Dios, ruega por (nosotros pecadores) tu hijo Luis María, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Amén». Confianza filial que le acompañó hasta su paso a la Casa del Padre.

*(Pág. 247)*

## **4.- TEXTOS ESCOGIDOS**

---

### **4.1.- LLAMADA UNIVERSAL A LA SANTIDAD**

Retiro Grupos de Oración  
14 de enero de 1981  
Madrid

El Concilio ha hablado de la llamada universal a la santidad. Es una doctrina solemne del Concilio, que insiste en que «todo cristiano, sea cual sea su estado, edad, condición, está llamado y aun obligado a la santidad». Hay pues dos aspectos. Primero la llamada: Hay una voluntad de Dios que nos atrae hacia Sí por el camino de la santidad. Y hay una obligación. Ya explicaremos un poco cómo se entiende esa obligación. «Todo cristiano está llamado y aun obligado a la santidad».

Puede ser que esto nos llame un tanto la atención, pensando que eso de la santidad es para ciertos seres extraordinarios, para ciertas personas un tanto especiales con unos comportamientos más o menos chocantes. Pero eso es una deformación del concepto de la santidad. Dios puede en determinadas ocasiones conducir a ciertas almas por esos caminos. No se trata de despreciarlos o no se trata de pensar que quien, por la llamada del Señor va por esos caminos vaya equivocado. ¡Ni mucho menos! Tenemos que tener sumo respeto a los caminos del

Señor y cada uno de nosotros tiene que ser fiel a las indicaciones de la voluntad del Señor. Si por lo tanto, a alguno le lleva por esos caminos los debe seguir. Y será bien hermoso este modo de proceder generosamente en caminos que al resto de los mortales nos parecen extraordinarios y quizás imposibles de seguir. Pero lo que quiero recalcar es que la santidad no está formalmente en esas rarezas o en esos caminos especiales, sino que la santidad en el fondo no es más que el cumplimiento fiel de la voluntad de Dios sobre nosotros.

Cada uno de nosotros tiene su misión en la tierra. Una misión que es querida por Dios, asignada por Dios. Una misión que hemos de cumplir día a día a lo largo de nuestra existencia. Que no es solo una misión en general, sino que es una misión asignada cotidianamente. Que no se trata solo de 'morir bien', como a veces lo pedimos y es bueno pedirlo: Tener una santa muerte. Pero es fundamental que pidamos al Señor una santa vida. ¡Lo que es importante!, el Señor nos ha dado la vida para vivir, la vida para cumplir una misión. No solo la muerte, para en ese último paso llegar a salvarnos, sino que lo que hemos de pedir asiduamente al Señor es que nos conceda una vida santa hasta la muerte, pero una vida santa. Vivir santamente hasta el momento mismo de entregar nuestra existencia.

Tenemos una misión que el Señor nos asigna a cada uno de nosotros, y esa misión no es simplemente la de no pecar. Esto es lo que el Concilio quiere recalcar. A veces, ante las exigencias de la vida, la mentalidad que puede surgir en nosotros es la de: —

Bien, yo no soy religioso, yo no soy sacerdote, yo no soy un monje de clausura; entonces, yo me contento simplemente con no ofender a Dios. Es verdad que es muy hermoso el no ofender a Dios. Es cierto que no debemos pecar. El pecado es un límite. Pero no es simple misión de Dios únicamente el no pecar, sino ese viene a ser como un límite. Sería como decir: — Uno debe seguir la carretera sin salir de ella, sin caer por un precipicio. Pero con esto no hemos dicho a dónde va esa carretera, qué es lo que yo tengo que recorrer a través de la carretera. Por lo tanto, no se trata simplemente de no caer en el precipicio, sino se trata de vivir esa vida.

Claro está que el límite —lo que nosotros llamamos pecado—, el límite que Dios nos pone no es un capricho de Dios. Esto es claro y es bueno que lo tengamos también presente. No es que Dios nos haya prohibido ciertas cosas como por capricho de Dios, como por fastidiarnos a nosotros. No. Dios nos ha creado, Dios conoce lo que somos y lo que es conducente a nuestra plena felicidad. Y cuando de hecho nos prohíbe algo es porque no corresponde a nuestra dignidad ni es camino de nuestra felicidad. Esto es claro y debemos tenerlo claro. No veamos nunca a Dios con una imagen como de un déspota que 'se le ha ocurrido' simplemente limitarnos de alguna manera. No es ese el sentido. El sentido más bien lo veríamos en el sentido por el que, cuando nosotros adquirimos un instrumento, un electrodoméstico, se nos da con el aparato un libro de instrucciones donde se nos indica cómo debemos usarlo y se nos advierte que determinadas

intervenciones sobre ese aparato pueden ser fatales para su subsistencia. Y así se nos dice: '¡No haga nunca esto! ¡No lo conecte a tal voltaje!' Que yo no considero jamás como un capricho que se me impone, sino como iluminación que me hace entender cuál es el uso recto de ese instrumento que he adquirido. Entonces yo me atengo a esas normas porque el que lo ha construido lo conoce, sabe cómo funciona. En cambio, yo puedo sentir tentación de emplearlo de otra manera, ¡y por eso me advierte! Esta suele ser siempre nuestra tensión interior.

Lo que pasa es que, cosas que a nosotros nos parecen dolorosas y que a nosotros nos parecen contrarias a nuestra felicidad, ¡son el camino de la felicidad! Voy a mencionar solo un caso, por ser su actualidad en este momento: Cuando el Señor dice: el matrimonio es indisoluble, ¡no lo hace para fastidiar al hombre, sino porque le ama!, por su bien. Porque le ama, ¡porque sabe que ese camino no es el de la felicidad!, que ese camino es verdaderamente dañoso para el hombre. Como el hombre tiene la inclinación de dejarse guiar por el capricho y tiene la inclinación de dejarse guiar por lo que es más placentero en un momento, le advierte: —No debes hacer eso, ese camino no lleva a la felicidad. El camino de la felicidad, aunque sea en ciertos momentos doloroso, pero es el verdadero camino que Dios nos señala: el camino de la maduración, el camino del temple interior, el camino de la fidelidad a lo que es el verdadero amor. Esto respecto a ese límite que decíamos, 'no pecar'. Bueno, ese es un límite, es un límite que hemos de tratar de observar siempre.

Pero sería equivocado el que una de vosotras se contentara simplemente con decir: —No pecar. No sería corresponder a los planes de Dios. Y no vale decir: —Ah, es que yo no soy religiosa, yo no soy monja de clausura. ¡No vale decir eso! Precisamente la gran lección del Concilio es esta: «Todo cristiano, sea cual fuere su estado, condición, está llamado y aun obligado a la santidad», está llamado y aun obligado al seguimiento fiel de los designios de Dios. ¿Qué quiere decir esto, con otras palabras? Simplemente esto: **Que cada una de vosotras como fiel cristiana que es, tiene obligación de hacer todo el bien del que es capaz.** Esa palabra 'obligación' la matizaré. No quiere decir que es bajo pecado, no es en ese sentido. Pero nadie puede desentenderse del bien que puede hacer. 'Que puede' se entiende en un sentido razonable, en un sentido evangélico; no en un 'poder' absoluto, sino el bien que se puede hacer. Todos estamos obligados a hacer todo el bien que podemos hacer. Esa es la postura cristiana. ¡Y la santidad no es más que esto! **La santidad** es esa **disposición habitual de agradar en todo al Señor**, de realizar en todo momento lo que más agrada al Señor.

Naturalmente que esto lo tenemos que vivir en nuestra vida cotidiana. Entonces, siguiendo esto en el Concilio, cuando el Concilio va orientando cómo se puede realizar esto, si hasta ahora digo: —Es que tenemos que tender a la santidad, es verdad. «¡Todo cristiano!, sea cual sea su estado, condición o edad — ¡en todo momento!, ¡siempre! —está llamado y obligado a la santidad». Está llamado y obligado a



hacer todo el bien del cual es capaz, en orden a su santificación y en orden a la ayuda de los demás. El cristiano no puede involucrarse en sí mismo, retraerse, desentenderse. No puede hacer esto, sino que tiene que hacer todo el bien del cual es capaz. Ahora bien, esto nos lleva a comprender que el Concilio mismo al final del número 42 de la Constitución sobre la Iglesia nos indica este camino que tenemos que seguir, y lo hace en un párrafo que encuentro magistral y que nos va a servir de consideración y de reflexión. Dice así: «Todo cristiano, sea cual fuere su estado, condición o circunstancias, ¡y a través de ellas! se santificará cada día más».

Primera observación: **«Todo cristiano, sea cual fuere su estado, condición, circunstancia, y a través de ella»**. La gran tentación nuestra muchas veces es la de hacer una especie de 'corte' entre lo que es nuestra vida real diaria y lo que es la santidad. Entonces claro, tengo una vida de familia, tengo unos problemas familiares, tengo unas circunstancias difíciles en medio de las cuales yo vivo. Y procuro de vez en cuando alejarme de esa circunstancia, de esa situación para, a ver si consigo santificarme un poco, porque si no me desentiendo de esto no me puedo santificar. Esto es equivocado. Nosotros hemos de santificarnos en las circunstancias donde el Señor nos ha colocado ¡y a través de ellas! Esto hay que tenerlo muy metido dentro para nuestros Grupos. A través de ellas es la circunstancia familiar concreta, es tal persona que está en casa, que está enferma, que es molesta, que quizás me agota la paciencia. ¡No se trata de huir de eso!, sino es el camino de la

santificación. Solo que yo me habitúe a ello, a no considerar simplemente como una especie de huida lo que yo pretenda, sino en esas circunstancias. Y el trabajo que uno tiene y los quebraderos de cabeza que a uno le vienen, esa es la sustancia de nuestra santificación. ¡Ahí tiene que ser! Por eso la palabra del Concilio es muy luminosa: «en esas circunstancias, estado, condición ¡y a través de ello! nos santificaremos cada día más».

Solo que el Señor nos iluminase para comprender cómo debemos encauzarnos, cómo debemos asentarnos donde el Señor nos ha colocado. No considerándonos allí como de paso, no considerándonos allí como en circunstancias donde la santidad es imposible, que yo tengo que dejar para ser santo. El enfermo que está en la cama siempre piensa: Cuando me ponga bueno, me podré entonces dedicar a la santidad. No es 'entonces', ha de ser cuando está enfermo, a través de su enfermedad. Pero es que la enfermedad no me deja hacer las prácticas que yo quisiera hacer. Es que quizás el camino de santidad no es esas prácticas, que no puedes hacer, sino estará en la aceptación gozosa, paciente al menos, de esas condiciones donde el Señor me ha colocado, en esa unión íntima con la voluntad del Señor, etc. Pero siempre queremos hacer a nuestra manera.

El gran obstáculo de la santidad es esa especie de parapeto de nuestra voluntad propia, de nuestro juicio propio, que son los hijos mayores de nuestro amor propio, la voluntad propia y el juicio propio: la manera mía de pensar, la manera como yo he

concebido las cosas. Y resulta que no acabamos de dejarnos, de entregarnos y darnos. Entonces resulta que lo que nos molesta de alguna manera 'no es el camino de la santidad'. ¡Esto lo deja uno a un lado! Lo pasa uno como de corrida, como sin detenerse en ello, como sin mirarlo, para luego detenerme donde yo concibo que está la santidad, que construyo a mi manera. Y muchas veces de una manera engañosa, porque no es la vida real la que yo acepto. No es el camino de Dios, sino que quizás vivo en un mundo de imaginación, de construcción mía imaginativa. Y no es la realidad donde el Señor me ha colocado y donde me ha confiado una misión que realizar. Por eso es importantísima esa primera indicación del Concilio: «Todo cristiano, sea cual fuere su estado, condición o circunstancias, y a través de ellas, se santificará cada día más».

¿Cómo se santificará cada día más? Si ya he dicho que hemos de santificarnos en las circunstancias donde el Señor nos ha colocado, es claro que no se trata tanto de determinadas obras que haya que hacer, sino del amor y bondad que uno pone en esas obras. Es la verdad clara evangélicamente de que 'el cristianismo es religión del corazón'. En este momento yo haría una insistencia en esta bondad del corazón, importantísima. Necesitamos esa bondad del corazón.

Yo supongo y también me parece que sería una cosa excelente, que los Grupos leyeran —o en grupo o particularmente— la Encíclica del Papa Juan Pablo II sobre la Misericordia, *Dives in Misericordia*, Rico en

Misericordia, complemento, continuación en cierta manera o complemento, de la primera Encíclica *Redemptor Hominis*. Voy a hacer alguna referencia porque es fundamental para este camino de santidad. Me parece que es luminoso. Voy a hacer una referencia a ciertas ideas claves que allí aparecen.

Insiste el Papa cómo Dios es misericordioso, es fiel. E incluso tiene toda una nota amplísima sobre el sentido de ciertas palabras hebreas que aparecen para designar esa cualidad de Dios, ese atributo de Dios, la misericordia. Va indicando esto: Dios aparece desde el Antiguo Testamento no como un déspota. La cualidad de Dios no es tanto la que se hace recalcar, esa especie de ¡poder dominador de Dios!, ¡que tanto nos atrae a nosotros! ¡tanto nos atrae! Sino que la gran cualidad de Dios es su preocupación por el hombre, preocupación asidua, continua, su bondad con el hombre, su misericordia. E indica, va indicando ciertas denominaciones cuando se habla de la fidelidad de Dios, primero. Dios es fiel. ¿Fiel a qué? Fiel a su amor al hombre. Le ama al hombre, es constante, fiel. Y es fiel incluso en el pecado del hombre. ¡Le sigue amando! Esa fidelidad de Dios por lo tanto, es misericordiosa, perdonadora. Es la fidelidad de Dios llena de misericordia.

Pero luego recalca que otra de las designaciones a Dios en el Antiguo Testamento es precisamente el 'rahamin'. Habla de lo que son, la palabra 'rahamin' —esa palabra hebrea que el Papa cita— viene de la raíz 'rehem' que significa 'seno materno, entraña materna'. Entonces quiere decir que Dios tiene entrañas maternas. Cuando hablamos: «Por las

entrañas de misericordia de nuestro Dios», queremos decir que Dios se conmueve como una madre ante el mal de su hijo, ante el pecado, ante la miseria del hombre. Se conmueve. Suelen recalcar esto los mismos escritos del Antiguo Testamento: que la misericordia de Dios es eterna, es fiel. En el mismo Miserere decimos: «Ten piedad de mí según tus entrañas de misericordia», entrañas maternas. Diríamos que es como el matiz materno de la fidelidad de Dios. Dios es una fidelidad sólida, pero de entrañas maternas. Y para describir esta palabra usa muchas veces la Escritura esta expresión que es: que tiene 'cantidad de entrañas maternas', 'rab rahamin'. ¡Tiene unas entrañas maternas infinitas de misericordia, de bondad, de amor! 'Rab rahamin', eso es Dios. ¡Y su misericordia es eterna! ¡Su ira!, Dios se aíra. También es verdad, lo dice la Escritura. Su ira, es su condenación, es el disgusto de Dios por el comportamiento del hombre. Pero «su ira dura un momento». En los comentarios de los autores, de los rabinos dice a veces que dura «lo que un gallo sobre una pata», ¡que no dura apenas nada! Otras veces «lo que el blanco de la cresta del gallo dura en el alba». ¡Es un momento! y ya no dura más, la ira de Dios. En cambio, su misericordia es eterna y vuelve a abrirse. Así aparece continuamente.

El Papa va recordando esto: La misericordia de Dios, Dios misericordioso. Y expresa cómo esa misericordia se revela plenamente en Cristo, que es personificación de la misericordia de Dios. En Él se encarna la misericordia de Dios. «Y en la cruz aparece la justicia, que viene del amor y conduce al amor».

Habla pues de esa bondad de Dios, bondad infinita: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso».

Pero al hablar de esta gran misericordia de Dios, misericordia infinita de Dios para con nosotros, él recalca que esa misericordia la hemos de sentir sobre nosotros. Necesitamos de la misericordia de Dios. Esto es muy importante para nuestra santidad. **El sentir la misericordia de Dios y la necesidad de la misericordia de Dios es el camino de la humildad.** Nuestro gran pecado es la soberbia, el sentirnos autosuficientes, esa dureza que tenemos con los demás, con nuestros proyectos, con nuestras maneras de ser. Esa dureza que lleva consigo luego posturas socialmente insoportables, ¡condenatorias de los otros, ásperas, duras! Incluso en el orden familiar, posturas de poner un rostro serio, poner la cara seria para hacer pesar a los demás lo que nos ha disgustado a nosotros, ¡que de alguna manera lo sienta! Ese sistema que solemos llamar en el lenguaje normal 'los morritos': poner morritos para un momento, para un tiempo, dos o tres días, ¡para que lo sienta! Todo eso en el fondo son expresiones de soberbia, soberbia herida, soberbia que busca las estratagemas para seguir adelante. Esta persona no quiere reconocer que necesita la misericordia de Dios. No se abre a la misericordia de Dios. Y es tan hermoso invocar la misericordia de Dios, pero con postura que corresponde a esa petición de misericordia. Saberse necesitado de la misericordia de Dios. Es importante, sentir la misericordia de Dios.

Pero no solo sentimos la misericordia de Dios, la necesidad de la misericordia de Dios. Hemos de sentir también la necesidad de la misericordia de los demás sobre nosotros. El que se cree justo con todos, ¡que a nadie debe nada!, ese no vivirá una vida humilde. Y no contribuirá a la unidad y a la paz del mundo, de la familia. No. La persona perfeccionista que cree tener siempre razón, que cumple con todos: Una madre de familia que hace todo lo que tiene que hacer y ella por su parte, 'los otros son los que podrán faltar, pero ella nunca', no contribuye ciertamente a la paz y a la unión. Necesitamos que tengan misericordia de nosotros también los demás: Los padres, que sus hijos tengan misericordia de ellos. Los hijos, que sus padres tengan misericordia de ellos. La mujer, que su marido tenga misericordia de ella; y el marido, que su mujer tenga misericordia de él. ¡Este aspecto es fundamental! El Papa lo recalca cuando insiste en que «el orden perfecto querido por Dios no se establece solo con la justicia». Esto es muy importante. Solo con la justicia no haremos una sociedad humana. ¡La justicia tiene que venir del amor! ¡No es que hay que saltarse la justicia!, hay que observarla. Pero debe venir del amor y debe conducir al amor y debe estar impregnada de bondad, de misericordia. No pues, una especie de autosuficiencia de quien ha dado lo que tiene que dar y no hay más. No. Es esa delicadeza humilde. La humildad es la gran virtud, la gran virtud que es la necesaria para establecer una convivencia. Humildad que no es apocamiento —eso ya no es humildad—, sino que es prontitud, que es sencillez.

Cuando hablo a los matrimonios siempre suelo recalcarles lo que llamo 'los tres grandes del matrimonio' que son: Por favor, Gracias, Perdona. Es como el aceite que sostiene la vida de amor del matrimonio. Pero yo lo generalizaría, esto vale de toda vida. Es la misericordia.

**Por favor**, ¿qué quiere decir? No es que exijo una justicia. ¡Yo pido misericordia! Ese es el por favor verdadero. No: —¡Tienes que darme esto, es tu deber! No es eso. Pido un favor. ¿Por qué? Porque el amor siempre pide un favor. El amor nunca puede ser: — Es que se lo debe dar. —No es eso. ¡Será verdad que lo debe dar! Pero lo debe dar como obra de amor. Por lo tanto, yo pido y solicito ese amor. Por favor. Esto vale incluso, deberíamos tenerlo en toda nuestra convivencia, incluso en lo que es ejercicio de justicia: Es el saber dar, el saber comprar, vender, con amor, al mismo tiempo con esa delicadeza de corazón que se pone en lo que se hace. Es la justicia impregnada de amor. De ahí ese por favor, que es la conciencia de que necesito de la misericordia de los demás. Porque me pueden dar lo que es justo, pero yo no tengo derecho a pedir que se me dé con amor. Eso no tengo derecho estrictamente hablando. Pero lo necesito. Porque una vida en que no hubiera más que el puro ejercicio de la justicia, esa vida ya no sería humana, y mucho menos evangélica. Por favor.

Luego viene el otro aspecto: **Gracias**. Cuando uno recibe cualquier aspecto, ¡incluso de justicia!, doy las gracias. Doy las gracias porque, aun cuando era justo y me lo debe dar. Eso que a veces solemos



decir incluso en el lenguaje normal nuestro: — Muchas gracias. Dice: —No hay de qué. —Muchas gracias. —Es un deber. ¡Es cierto que es un deber, pero yo le doy las gracias! Porque el deber está impregnado para mí de un agradecimiento a quien me lo hace, de esa actitud interior de bondad de corazón, de que Dios es para nosotros ejemplo. Por eso: Por favor, gracias.

**Perdona:** Esa conciencia de necesitar de esa misericordia. Perdona. Pues sí, me habré pasado, perdona; o no lo he hecho con la delicadeza suficiente. Yo siento que también necesito que los demás tengan misericordia de mí.

Por lo tanto, esto nos coloca en un tono que es tan enormemente importante. Es la gran Encíclica de la misericordia: Necesito de la misericordia de Dios, necesito de la misericordia de los hermanos. Necesito, ¡de todos!, de los otros. En la sociedad, en la Iglesia, ¡en todo!, necesito. Un párroco necesita de la misericordia de los feligreses, la necesita. No es que él hace todo correcto y no necesita que nadie... No, son tantas pequeñas cosas y realmente, que tengan comprensión, benignidad para con él. Esa actitud interior: esa fidelidad, esas entrañas, esas entrañas de comprensión, esa actitud previa de magnanimidad, de benevolencia, de bondad, que es tan fundamental para que nuestra convivencia sea evangélica de verdad. Esto es la contribución nuestra a esa Unión de que hablábamos. Es pues, el carácter de la santidad, está aquí, en este corazón.

«Y por nuestra parte —indica todavía el Papa— , hemos de ser también portadores y transmisores de

misericordia». Sintiendo nosotros la misericordia de Dios, la debemos transmitir. Ser instrumentos de misericordia. —¿Misericordia con quién hemos de tener? —Con todos, amigos y enemigos, misericordia. Misericordia con los miembros de nuestra familia, y pronto a hacer esa misericordia con todos. Y, una idea preciosa del Papa: Misericordia también con Cristo, con Dios. Lo admirable de la obra de la Redención es que en ella Dios ha querido presentarse a nosotros pidiendo nuestra misericordia. El Papa recalca que «cuando Jesús moría en la cruz, los hombres no tuvieron misericordia de Él», no tuvimos misericordia con Él. El Señor se presenta con su Corazón abierto en la cruz pidiendo nuestra misericordia, que tengamos misericordia de Dios mismo ¡en Él!, en la cruz. Ese Dios Redentor nuestro que ha querido también Él pedirnos esa respuesta de amor. Y al mismo tiempo, se nos presenta en los necesitados, donde también pide nuestra misericordia: «Lo que hacéis a uno de éstos a Mí me lo hacéis». Nos abre pues, un horizonte maravilloso. La vida cristiana, la revelación de Cristo es revelación de la misericordia de Dios y es introducción en el mundo del Corazón Misericordioso, del Corazón que es así: «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos encontrarán misericordia». Bienaventurados pues, si imitamos así lo que Cristo nos enseña. Este ha de ser el tono interior de nuestra vida, esta verdadera misericordia.

Con esto estábamos ya en aquella definición que pone el Concilio de lo que es la santidad. La

santidad decíamos que «cada fiel, en las condiciones de vida en que se encuentra, en las circunstancias en que esté y a través de ellas se santificará cada día más». ¡No haciendo cosas raras, sino ahí!, poniendo ese corazón, ese corazón como el de Cristo: Ese corazón bondadoso, misericordioso, comprensivo. Ese corazón bueno del que brotarán luego las obras de justicia. ¡Es necesario! Es claro, esto no nos exime de decir: —No, pues yo como le quiero mucho, no tengo por qué cumplir la justicia con él. Lo cumplo, pero con corazón misericordioso, bondadoso, con corazón lleno de amor.

Puesta esta base, esta actitud del corazón — que hemos de cuidar tanto en nuestra vida, esa bondad del corazón—, indica en esa frase del Concilio hablando de la santidad, que en las circunstancias que el Señor permita en nuestra vida y a través de ellas nos santificaremos cada día más. Y pone aquí las condiciones:

- Primero, «si recibe todo en espíritu de fe de la mano del Padre», primera condición.
- Segundo, «conformándose con su voluntad».
- Tercero, «manifiestan en su vida, incluso en su relación con el mundo material, el amor con que Dios ama al mundo». Es reflejo de esa misericordia, de ese amor con que Dios ama al mundo.

Por lo tanto, son: Aceptándolo todo en espíritu de fe de la mano de Dios; segundo, conformándose con su voluntad; tercero, manifestando la caridad con

que Dios ama al mundo. Vamos a indicar muy brevemente estos tres aspectos.

Primero: **«Recibiéndolo todo de manos del Padre»**, esta es una condición esencial. Es decir, es captar realísticamente nuestra situación en cada momento: Estamos donde el Padre nos ha colocado, rodeado de las circunstancias que el Padre nos envía, ha permitido. Solo que hay que aclarar aquí un punto, que es este: ¿En qué sentido todo viene del Padre? Algunos se resisten a esta idea en algunas ocasiones. Concretamente en alguna desgracia que ha ocurrido, un accidente, y me dice: —¿Cómo Dios puede permitir esto? ¿Cómo esto viene del Padre?, ¿en qué sentido? Y claro, en nuestra manera de ver muchas veces somos tan infantiles que creemos que Dios tiene que —si nos ama— impedir todo mal nuestro automáticamente. Eso es no caer en la cuenta de la seriedad del amor de Dios a nosotros. Eso sería como un niño o una niña que dijese: —Mi madre no me quiere porque me hace ir a la escuela, que a mí no me gusta, donde yo paso malos ratos. Si mi madre me quisiera me dejaría ir a jugar por ahí. Sin embargo, no es verdad, eso es falta de esa seriedad.

Pues bien, lo mismo: Dios no actúa normalmente por milagros, sino que nos quiere, pero no caprichosamente; si no, no sería Dios. Entonces, nosotros vivimos en una condición en la cual nos hallamos en las consecuencias del pecado original y de los pecados personales. Por lo tanto, en una creación que no dominamos, que se rebela contra nosotros. Por poner un ejemplo, en un accidente Dios no va a intervenir 'milagrosamente'. Porque las

condiciones en que estas cosas han sucedido quizás ha habido descuido de una persona, un comportamiento libre, alocado, que ha bebido demasiado, conducía el coche con exceso de velocidad, sin control de sus reflejos, y se echó sobre el otro. Dice: —¿Cómo Dios lo permite? —¿Qué quiere, que haga Dios un milagro? Si eso el Señor nos lo ha dejado a nosotros. Cada uno de nosotros es responsable. Por lo tanto, Dios no quita al hombre su libertad por maneras milagrosas. No queramos que cuando me toca a mí, Dios intervenga con un milagro para que a mí no me haga sufrir en nada. Eso sería pensar mal de Dios. Dios es mucho más serio que todo eso.

Ahora bien, es verdad que Dios 'podía impedirlo'. Pero sería por una intervención extraordinaria que Dios no realiza en ese caso concreto —y la realizaría si fuera necesario—, pero no la realiza porque en el fondo Dios se fia de nosotros, confía en nosotros. Y Dios sabe, y Dios me da la gracia para que yo sepa asumir esa consecuencia, en último término, del pecado del hombre en amor. Y de esta manera, ayudarme de eso mismo para la elevación, la santificación y la Redención del mundo. No seamos pues, tan egoístas que consideremos que lo que Dios tiene que hacer es hacer que yo no tenga ningún disgusto en nada. No es eso. Es mucho más grande el plan divino. ¡El Señor me ayuda y me asiste! Lo mismo que una madre: No es simplemente que esta niña no se lleve un disgusto. ¡Le ayudará a ello! ¡Le ama! ¡Le buscará los medios, le tratará de convencer!,

¡por todo lo que sea! Pero, no le exime de lo que ha de ser el proceso de su misma maduración.

En este sentido podemos decir de verdad que nada viene a nosotros sin Dios, nada. Por lo tanto, en espíritu de fe lo que tengo que ver yo es: Todo viene al menos permitido por Dios, en cuanto que Él no ha intervenido positivamente para impedirlo. Entonces, ¿mi postura ante esto cuál ha de ser? «Aceptar en espíritu de fe». Es ese grito: —'¡Señor, mejor así! ¡Gracias!' ¡Lo primero!, aunque no entiendo nada. — Señor, mejor así, gracias. Primer paso. Esto no es que nos lleve a una especie de resignación al tipo indio. No. Es un primer paso: Una aceptación. ¡No una rebelión, no una ira! Esto es lo que puede destrozarnos nuestro corazón. La ira no es de Dios. La ira, me decía una vez una persona muy buena que hablaba de la necesidad del espíritu bueno, y hablando de comunidades donde notaba ese espíritu bueno que le daba confianza, me dijo: —'En una ocasión sentí por primera vez en una de aquellas reuniones la ira'. Y me decía: —'¡Y qué dulce es la ira, qué dulce es!' ¡Qué desahogo encuentra uno en la ira! ¡Cómo queda uno como sabroso en la ira! —'Pero me dio vértigo —decía—, me dio vértigo que yo pudiera dejarme llevar de esa ira'. La ira es una tentación verdadera, porque ese desahogarse, ese revolver a la otra persona, eso tiene una especie de satisfacción enorme. Y en cambio ¡es mala! ¡Eso puede venir!, como esa especie de rebelión, de no aceptación. Y este no es el camino del espíritu misericordioso y bueno, del que sabe que necesita misericordia.

Por eso, el primer paso es aceptar en espíritu de fe. Es decir, reconocer que aquí donde estoy tengo una misión que cumplir, que tengo que contar con estas realidades concretas, que las tengo que asumir. Yo lo acepto, acepto esta situación en la cual yo me encuentro. ¿Quiere esto decir que voy a aceptarla pasivamente sin hacer nada? ¡No!, pero acepto. Mi reacción no es de ira, no es de rebelión, no es de odio. Es de aceptación: —'Señor, aunque no vea nada, mejor así. ¡Gracias!' ¡Y no me quedo así!

Viene el segundo paso: **«Conformándose con la voluntad de Dios»**. Notemos que conformarse con la voluntad de Dios no es una realidad puramente pasiva de decir: 'aceptando y resignándose a la voluntad de Dios'. No, sino que en ese momento, una vez aceptado, mi pregunta inmediata tiene que ser: —'Señor, ¿y qué quieres Tú que yo haga ahora en estas condiciones?' Yo he quedado imposibilitado por ese accidente, estoy paralítico, muy bien, ¡acepto! Pero vengo enseguida: —¿Qué quieres que haga en este momento? «Conformarse con la voluntad de Dios», segundo paso. Es colaborar con la voluntad de Dios, realizar los planes de Dios, conformarme. No es pues, 'conformarse' en ese sentido de: —Bueno, pues me conformo con mi suerte. No es ese sentido, sino adecuándose con la voluntad de Dios, que en esas circunstancias busco, pregunto, investigo. Para salir por ejemplo de un estado de pobreza en el cual me ha hundido una desgracia, pues bien, yo lo acepto. ¿Ahora qué voy a hacer? Voy a sacar todos los recursos que yo tengo, voy a trabajar lo más posible; incluso puedo llevar a esa persona a los tribunales.

Pero no con amargura, no con ira, no con rebelión, sino con bondad de corazón, con espíritu lleno de misericordia. Conformándome con la voluntad de Dios, realizando los planes de Dios.

Y tercer aspecto: «Manifiestan en toda su vida el amor con que Dios ama al mundo, incluso en la relación con los demás y con el mundo material». De esta actitud, esto es lo que tiene que ir en nosotros creciendo, ir transformándose el corazón para en todo ser siempre buenos con todos, ilimitadamente buenos con todos. Y de esta manera ser revelación del amor misericordioso de Dios.

Es pues, todo un proyecto de santidad el que se nos pone ante los ojos, maravilloso. Hemos de pedir al Señor y a la Virgen como intercesora nuestra, que nos conceda realizar esa misión. Que nos sintamos, todos los que formamos parte de los Grupos, llamados y obligados a la santidad, para ser de esta manera operarios, artífices de la unidad y de la paz.



## **4.2.- VISIÓN CRISTIANA DE LA MUERTE**

Ejercicios Espirituales Religiosas 1995

Homilía 20<sup>a</sup>

Estamos meditando, meditábamos ayer, proponíamos la ascensión del Señor, y recalcábamos que con esa ascensión del Señor por primera vez la naturaleza humana está sentada a la diestra del Padre. En Él todo el género humano ha sido glorificado también y en cierta manera —como dice san Pablo—, nosotros mismos hemos sido sentados con Él en la gloria del Padre. Porque esa ascensión de Jesús es preanuncio de lo que será también nuestra glorificación, una glorificación que se realizará plenamente en la venida de Cristo, cuando nosotros resucitados también, seamos llevado con Él a la gloria del Padre. Es a lo que se refiere san Pablo escribiendo a los de Tesalónica. En aquella comunidad habían surgido sus problemas, sus dudas sobre la muerte, sobre el más allá. Y san Pablo les contesta con estas líneas consoladoras para nosotros y que son indudablemente una fuente de esperanza: «No queremos que ignoréis la suerte de los difuntos», es algo que os queremos comunicar porque interesa para la salvación. No nos dice muchos detalles de lo que será esa vida eterna, pero sí nos da unos puntos

de apoyo, y esos puntos de apoyo son confortadores y consoladores. Por lo tanto, les dice que les va a hablar de la suerte de los difuntos «para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza».

Siempre ha habido en la humanidad una parte de ella que se abandona a los bienes de esta tierra porque no tienen esperanza; y entonces ante la muerte se afligen como gente que no tiene esperanza en el más allá, y todo eso colorea la vida que viven. Hablar de la muerte a quien no tiene fe en la otra vida no es arrancarle del camino del desorden y de la pasión y del disfrute terrestre, sino al contrario: siempre para los no creyentes, el pensamiento de la muerte les ha llevado a lanzarse desenfrenadamente a la satisfacción de sus pasiones. Es conocido el grito de los paganos sumergidos en los placeres de la tierra que decían: «¡Comamos y bebamos, que mañana moriremos!». La muerte no les frena en ese deseo, sino al contrario: —mañana ya no podremos disfrutar, la vida es breve, hay que aprovecharla para sacarle el jugo, para disfrutar de los placeres en el poco tiempo que disponemos, y ese tiempo que no se nos escape, que no se pierda el tiempo. Como suelen decir: —que no se pierda la juventud, que la juventud se aproveche y disfrute de la vida. Y la muerte les causa una tristeza: la tristeza de haber acabado todo y de ya no poder disfrutar. Es como el corte de sus satisfacciones. Y entonces ante los muertos se afligen, porque han desaparecido para siempre, como se

afligen hoy día muchas veces, aun en otros niveles. Y hay personas que no habiendo puesto el corazón en los pobres, en los necesitados, lo han puesto en un animal; y cuando se les muere ese animal sufren aflicciones comparables a la muerte de un ser querido. Pero eso es la visión terrestre, humana.

Por lo tanto, «que no tengáis ante la muerte la actitud de los que no tienen esperanza en el más allá», y por eso tenéis que conocer. Porque el pensamiento de la muerte, es decir, la justa valoración de la muerte incide en la calidad y en el tenor de la vida que vivimos. Está condicionada por eso. Porque, o la muerte es todo y entonces la vida es nada; o la muerte es nada y la vida es todo.

Pues bien, ¿cuál es esa visión cristiana que podemos verla iluminada por la ascensión del Señor? En efecto dice: «Si creemos que Jesús ha muerto y resucitado», que este es el punto de partida. Hemos visto Cristo glorificado y creemos en Él. «Si creemos que Jesús ha muerto y resucitado —si es verdadera nuestra fe—, del mismo modo a los que han muerto, Dios, por medio de Jesús los llevará con Él». ¿Qué quiere decir llevar con Él? Con Cristo: por medio de Jesús los llevará con Jesús; o los llevará Dios, el Padre con Él. Las dos cosas pueden tener perfecto sentido puesto que las dos están unidas. Jesús decía en el capítulo 14 del evangelio de san Juan: «Volveré a vosotros y os tomaré conmigo —con Él—, para que donde Yo estoy, estéis también vosotros». Ahí nos

indica ese seno del Padre donde está Él. Y tomándonos con Él, tendremos la morada también nosotros en el seno del Padre. Por lo tanto es apoyándonos: si Cristo murió y resucitó, entonces los que han muerto, por medio de Jesús, Dios los llevará con Él.

«Esto es lo que os decimos como palabra del Señor», palabra no nuestra. Él suele distinguir: —este consejo os doy yo no porque lo he recibido así, sino porque también yo tengo la mente de Cristo, y es el consejo que yo os doy. Pero otras veces dice: —lo que transmito es palabra del Señor, no es pensamiento o deducción mía. «Esto es lo que os decimos como palabra del Señor».

Entonces claro, esto se plantea, para nosotros es una esperanza consoladora en la cual tenemos que vivir. Podemos decir que el pensamiento de la muerte, ese pensamiento de la muerte hay que utilizarlo correctamente. Porque el pensamiento de la muerte insistente, volviendo sobre él, de alguna manera entristece la vida. También san Pablo lo indica así: que realmente es para la naturaleza entristecedor, porque indica el término de la mortalidad, de la naturaleza. Y por eso no es incorrecto el sentir tristeza, el llorar ante la muerte de un ser querido. Jesús lloró ante la tumba de Lázaro. Y la Iglesia en su Prefacio de difuntos, en uno de ellos, en el que era clásico decía: «que si la suerte de tener que morir nos

entristece, pero nos consuela la esperanza de la futura inmortalidad». Pero lo indica: «nos entristece».

Y es verdad, cuando uno empieza a pensar en la muerte, la vida se le entristece. A no ser que sea de tal fe y de tal esperanza, que el pensar la muerte sea fuente de alegría, lo cual teóricamente debería suceder, porque es pensar en la cercanía de la liberación total, en la cercanía del encuentro con Cristo, el encuentro cara a cara con el Señor, el entrar en la Vida. Todo eso es la muerte. Por eso san Francisco de Asís la llama «**la hermana muerte**», porque en realidad **lo que nos hace es abrir la entrada en los palacios de Dios, en los palacios de la Vida**, en aquel deleitoso vergel que es el cielo. Y teniendo esa fe viva es posible. Por eso digo que admite muchas interpretaciones y muchos usos el pensamiento de la muerte. Cuando para nosotros el pensamiento de la muerte es de alegría y de gozo, es una buena señal y es una indicación de que en nosotros la caridad y el amor ha superado el temor y el miedo, como dice san Juan, que «la caridad echa fuera el temor». No tiene ese temor del encuentro con Dios, con Cristo. A lo más tiene el temor de perderlo, tiene el temor de que ésa su relación personal con Dios se pueda romper. Pero en sí no tiene miedo a ese encuentro con el Señor. Siente confianza, siente alegría, como si le anunciaran que va a sentir una consolación vivísima, que el Señor se le va a mostrar.

Pues ahí está el momento supremo de ese Jesús que se muestra y que acoge y abraza al alma que le ama.

Esto requiere que **amemos mucho a Jesús**, que le amemos con todo nuestro ser, que no admitamos nada que ensombrezca ese amor del Señor. Y entonces **el pensamiento del encuentro con Él será gozoso**. A medida que nosotros no tengamos el corazón esclavizado por las realidades de este mundo, que no tengamos como ilusión de nuestra vida —diríamos—, como descanso del corazón las cosas materiales perceptibles, ni siquiera las cosas apostólicas: el poder ver el fruto que estamos haciendo en tal sitio, el poder ver tal triunfo de la Iglesia en tal momento, que a veces hasta eso nos bloquea en cierta manera, porque queríamos alargar la vida para verlo y no tenemos ese desprendimiento pleno, total, en donde nuestra verdadera ilusión sea la unión con el Señor, la entrega a Él; amando ciertamente a todos, pero sin quedar esclavizados nunca por las cosas de este mundo, entonces nuestra esperanza sería gozosa, porque tenemos la ilusión de ver al Señor. Podría significarse esto en aquella expresión de santa Teresa en el momento en que recibía el viático: «Ya es hora, Esposo mío, de que nos veamos cara a cara», con esa ilusión, con esa fe viva. Procuremos desarrollar en cuanto sea posible estas disposiciones, de manera que el pensamiento de la muerte como coronación de una vida entregada al Señor y que quiere ser coronada con

el don de la vida, nos consuele y nos aliente y sea para nosotros una esperanza viva.

Pero sin llegar a ese grado, es posible que la muerte nos produzca una cierta tristeza, es verdad, porque perdemos algo que nos agrada, que nos da satisfacciones, y hay como una especie de despojo. Si no lo hemos hecho antes, lo tenemos que hacer en la muerte. Si yo no he sido capaz de dejar aficiones desordenadas que tengo, o apegos, o eso que llamamos —como consecuencia del pecado personal— adhesión a las criaturas, en el momento de la muerte lo tengo que dejar a la fuerza. Sería mejor que a la muerte le dejáramos el menor trabajo posible, **porque ya antes lo hemos dejado todo**. No hay nada ni puedo hacer un testamento de nada, que no tengo, porque todo lo he dejado. Así está el Señor clavado en la cruz: no tiene nada, en la desnudez total, echando a suertes sus vestidos que ya no son suyos, se los han quitado también, y no tiene nada, imagen de ese despojo con que se afronta la muerte. Pues bien, la tristeza puede venir de eso, de que tengo que dejar. Si yo me adelantara a dejarlo la tristeza sería menor, desaparecería quizás. Pero es humano el que uno pueda sentir esa tristeza. Pero no es bueno el estar con esa sensación de que está cerca la muerte, la muerte puede estar próxima, porque eso nos quita energías y no es bueno.

Nosotros tenemos que trabajar como si fuéramos a vivir siempre, con toda el alma, porque si

se nos da un tiempo para negociar, porque quede poco tiempo no vamos a abandonar los negocios que tenemos que hacer y de los cuales tenemos que dar cuenta. Si yo le digo a uno: —Tienes tres semanas para hacer esta tarea, entonces empieza a pensar: —Tres semanas es poco, ya está para terminar, entonces ¿para qué voy a hacer? No tendría sentido. Aun cuando yo supiera que tengo que morir esta tarde, yo hoy lo tengo que emplear en el servicio del Señor. Esto es lo que es fundamental: que el pensamiento de la muerte nunca nos debe aflojar en nuestra dedicación a la misión que el Señor nos ha confiado. Sería malo el pensamiento insistente de la muerte que produjera en nosotros como un enfriamiento de nuestra dedicación a la tarea que el Señor nos ha encomendado. Y eso podríamos repensarlo un poco.

Cuando estáis trabajando, si os dijeran: —Mira, es seguro, mañana vas a morir, ¿qué voy a hacer hoy? ¡Trabajar todo lo que pueda!, porque me queda poco tiempo para rendir cuentas al Señor de mi trabajo que Él me ha encomendado. Y yo **debo dedicarme a él hasta el fin, hasta el último momento cumpliendo la misión que el Señor me ha encomendado**, de modo que pueda decir al final: «Todo está cumplido», he amado hasta el extremo de mi vida, he estado cumpliendo el agrado del Señor, haciendo la voluntad de Señor, trabajando para Él. Sería fatal que yo dijera: —interrumpo esto porque tengo que prepararme a



bien morir, y prepararme a bien morir. No hay ninguna preparación para el futuro como el cumplimiento fiel del presente, y eso es lo que nos dispone, poniendo amor en ello, purificando nuestra intención, trabajando para el Señor, pero siendo fieles a lo que el Señor quiere de nosotros. Es decir, que no tenemos que vivir muriendo. Me refiero a esto: no tenemos que vivir como obsesionados por la muerte que incide en nuestra vida ralentizándola, sino que hemos de morir viviendo: morir hablando con el Señor, entregándonos a Él, cumpliendo su voluntad hasta el fin, de manera que el encuentro con el Señor nos halle de esta manera. Que toda muerte sea como una muerte repentina que nos encuentra en plena tarea.

El Padre Jesús Solano solía decir que la muerte repentina era como un abrazo de Cristo por la espalda, que a veces son así los amigos, les gusta dar esas sorpresas, se le echan a uno encima por detrás para abrazarle. Pues bien, así es el Señor. Es como un abrazo por la espalda: inesperadamente me encuentro cara a cara con Él. Pero si yo estoy dispuesto y estoy anhelando cada día ese encuentro cara a cara con Él y estoy siempre preparado, nunca la muerte será imprevista, porque estoy preparado para esa muerte sin estar pensando en ella, sino pensando en el Señor y pensando en el servicio del Señor.

Por lo demás, en esa *carta a los Tesalonicenses* san Pablo explica lo que será el día de la venida del Señor, no la muerte de cada uno. Y entonces lo explica: «Nosotros, los que vivimos y quedamos para cuando venga el Señor», no es que fuese ésa una verdad de fe, o que él creyera como elemento de fe que el fin del mundo sería durante su vida. Pero sí es posible que fuera su personal creencia, que era próxima la venida del Señor. Entonces habla: «los que estamos en vida y quedamos en vida para cuando venga el Señor, no aventajaremos a los difuntos». No es que va a haber una diferencia: los difuntos, los que mueren están en peor condición; nosotros, los que estamos en vida y lleguemos en vida a la venida del Señor estemos en mejor condición, no es así.

«Pues Él mismo, el Señor, cuando se dé la orden, a la voz del arcángel y al son de la trompeta divina —son esos aspectos escatológicos que se indican de esta manera—, Él mismo, el Señor descenderá del cielo en majestad», como subió en el momento de la ascensión. «Descenderá del cielo y los muertos en Cristo», los que han muerto **en Cristo**, como lo decimos tantas veces en la Plegaria Eucarística: «los que han muerto en su misericordia». «Los muertos en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que aún estemos en vida entonces, seremos arrebatados con ellos en la nube», en la nube que envuelve también a la humanidad de Cristo al subir al cielo: la nube de la divinidad, de la

gloria. «Seremos arrebatados con ellos en la nube, al encuentro del Señor —a ir con Él, en el aire—, y así estaremos siempre con el Señor». Esta es la bienaventuranza: **«estaremos siempre con el Señor.** Consolaos mutuamente con estas palabras».

Pues bien, la gran preparación es —y así es la vida cristiana, como decíamos ayer— **una ascensión progresiva.** Y lo que importa es que ya ahora estemos siempre con el Señor. Esa es vuestra vida: estar siempre con el Señor. De mil maneras, pero siempre con Él: con Él en su Iglesia, con Él en la Eucaristía. Estamos siempre con el Señor, con esa eucaristización. Que de cualquier parte, estéis en la presencia eucarística, siempre con el Señor.

Y entonces la venida de Cristo será la coronación: el paso de ese estar siempre con el Señor, a estar siempre cara a cara con el Señor en la bienaventuranza infinita con que Él quiere envolvernos en su amor y su misericordia.

## 4.3.- EL CIELO

Ejercicios Espirituales a Matrimonios

Sevilla 1993

11ª meditación

Cuando el Sínodo de los obispos europeos propone en su declaración final, lo que constituye el núcleo de la evangelización, destaca junto al amor de Dios: «Dios te ama, Cristo ha venido por ti», que ese amor del Señor no es un amor aéreo sino el que se ha manifestado en Cristo y nos lleva a la comunión con Él; y esa comunión con Él es una comunión de vida eterna, es decir, la vida eterna será lo que llama él «amistad cara a cara con Dios». E insiste que esta esperanza de la vida eterna es elemento fundamental, sin el cual se mutilaría gravemente el mensaje cristiano. Por lo tanto, hay que anunciar esa esperanza de vida eterna. Y por eso, termina diciendo en ese párrafo, «hay que predicar valientemente la inmortalidad del alma y la resurrección de la carne». Tenemos que vivir en la esperanza de la vida eterna. Pues bien, me parece importante en el mensaje de la nueva evangelización y vamos a tratar de hablar del cielo que se abre a nosotros con la ascensión de Jesús.

En la Constitución *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, del Vaticano II, hay trozos preciosos que

subrayan nuestra relación con los santos y nos hablan del cielo. Se dice por ejemplo: «Mientras vivimos en este cuerpo, somos desterrados, estamos lejos del Señor y gemimos dentro de nosotros anhelando estar con Cristo. Por el mismo amor, somos impulsados a vivir más intensamente por aquel que murió y resucitó por nosotros, y por ello nos esforzamos en agradar en todo al Señor». Así que según el Concilio tenemos que tener un anhelo del cielo, un deseo: «somos impulsados a vivir más intensamente, gemimos y anhelamos estar con Cristo». Y en las letanías de los santos, había una fórmula que decía: «que levantes nuestros corazones a los deseos del cielo, te pedimos, óyenos». Es una característica del cristiano su orientación hacia el cielo, hacia donde desea llegar, que sabe que es el descanso después de la peregrinación de este mundo.

Tanto el Concilio como el mismo sínodo europeo insisten en que no es un escapismo, que no nos hace negligentes en el cumplimiento de nuestra misión en la tierra sino al contrario, nos da un impulso, una serenidad, nos da una fuerza. Porque sabemos, que nosotros viviendo en este mundo y realizando nuestra misión fabricamos nuestra vida eterna. Por lo tanto, no hay nada de escapismo, nada de desinterés por la misión presente. Y un poco más adelante añade el Concilio: «Por tanto, la unión de los viadores —los viadores somos nosotros, estamos en vía— con los hermanos muertos en la paz de Cristo,

no queda deshecha sino más bien, según la continua fe de la Iglesia, se consolida por la comunicación de los bienes espirituales». También esto tiene que ser. Celebramos mañana la fiesta de Todos los Santos y la de Todos los Difuntos. El mes de noviembre tiene un cierto colorido: el mes de los difuntos. Y difuntos suena a tristeza. No debe ser así, es el **mes de los santos, el mes de la vida eterna**. En el sentido cristiano es así y debe ser así.

En Roma hay un monumento, la tumba de Metella, que cuando a los turistas se les explica: — mire Vd., esto es la tumba de Metella. —Oiga, pero ¿dice Vd. bien?; pues tiene unos adornos, unos coloridos, unas luminosidades, unas plantas, ¡pero si esto no es un monumento mortuario! —Sí señor, es una tumba de una cristiana, es la tumba de Metella. ¡Esto es grande!, es la visión de la fe. ¡Nosotros damos un tono! No sé si es por las músicas que les acompañan, nos han metido unos tonos de música tristes. No sé qué pasa, pero el decir a uno el *Requiem eternam dona eis Domine*, parece que es como decir: aquí la losa y se ha acabado todo. Pues está diciendo: «Señor, dale la felicidad eterna». La visión cristiana de la muerte no es la visión pagana. Por eso les decía san Pablo a sus fieles: «No os entristezcáis como los paganos que no tienen fe».

Nuestra unión con los que nos han precedido y están en el cielo, no se rompe, se hace más estrecha. Dice el Concilio: «según la perenne fe de la Iglesia, se

consolida por la comunicación de los bienes espirituales». Nos tiene que llenar de alegría saber que no estamos separados de nuestras personas queridas jamás, ni de Cristo, ni de la Virgen ni de los santos, ni de los parientes que nos han precedido. **Cuando alguien entra en el cielo está más cerca de nosotros que cuando estaba sobre la tierra, lo mismo sucede con el Señor.** Y sucede también con todos los fieles, cuando estaban sobre la tierra no podían comunicarse sino por signos externos: palabras, gestos, cartas, teléfono. Ahora desde el cielo nos siguen, se interesan por nosotros, participan en nuestras necesidades y en nuestro estado interior. Están más cerca que cuando estaban sobre la tierra. Por ello habla el Concilio de esta relación, que no se ha deshecho sino es más estrecha, «según la fe perenne de la Iglesia».

Esta mirada nuestra hacia el cielo nos lleva a fijarnos en una realidad que debe estar muy dentro de nuestro corazón. Tenemos que decirlo así: Cristo ha subido al cielo y está también con nosotros. El subir al cielo de Cristo no es alejarse de nosotros sino es su divinización, por la cual, El entra dentro de nosotros. O sea, la ascensión al cielo es penetración en nuestro corazón. Y está esperándonos, preparando para nosotros el lugar donde estaremos siempre con El, como dice san Pablo: «Y así estaremos siempre con el Señor, con Jesús». Tenemos que reconocer que no siempre nos arrebatara esta idea. Tenemos una cierta

ceguera, el cielo no nos entusiasma, no nos llena de alegría y de esperanza, ordinariamente. Y lógicamente debería arrebatarnos, producir en nosotros un impulso de gozo, de esperanza, algo así como el estudiante que ve acercarse las vacaciones. Por lo menos debería ser algo así; pero en realidad no suele suceder.

Y ahora, vamos a preguntarnos por qué razón. En primer lugar, es verdad que en general, nosotros los predicadores hablamos poco del cielo. Por lo que sea. En parte es por temor de que diga la gente que nos escapamos de la tierra, o porque no vivimos con demasiada experiencia personal la realidad del cielo. El hecho es que es uno de los temas que debería ser frecuente, porque es un consuelo verdadero. No sé quién me decía el día pasado que unos ateos decían: —Nosotros somos más valientes que vosotros, porque nosotros sin apoyo del cielo, sin apoyo de Dios, afrontamos la vida. Es como el que dijese: —mira, yo soy más valiente que tú porque sin casarme afronto la vida. —Pues allá tú, afronta como quieras.—Es que yo no creo que existen mujeres.—Pues mira, es una fe que tú tienes.—Claro, para ti es más cómodo.—Bueno, pues puede ser, pero yo vivo en la realidad, no se trata de decir si es más cómodo o menos. El Señor no ha hecho las cosas para que sean difíciles sino las ha hecho a nuestra medida y nos las ha hecho como don de Dios, del Dios que quiere ser nuestro consuelo y nuestra vida. Y deberíamos tener también presente



esa realidad. ¡Es realidad! No nos apoyemos en si es más fácil o más difícil sino en si es verdad o no, nada más, que es lo que a nosotros nos interesa.

¿Cuáles son pues, las razones que podremos aducir para no tener esa alegría, esa esperanza así? Primero, voy a indicar algunas que son insuficientes; pero a veces se dan. Para indicar después las que me parecen verdaderas razones. Y luego, tratar de describir lo que es el cielo, lo que nos espera, lo que es nuestra patria.

Algunos tienen temor de hablar o de poner el corazón en el cielo, como si con esto, quisiésemos llevar a las almas a una resignación sobre las condiciones malas de este mundo: si les insistimos en que miren al cielo, que hay que esperar en el cielo, que hay que pensar en él, dicen que es resignarse a las condiciones menos buenas de la tierra, que es como ‘el opio del pueblo’ decía Marx. Por eso tenemos que encarnarnos en la tierra y —dicen— no querer pensar en el cielo, porque entonces no nos interesaríamos suficientemente. Ciertamente no es ese el sentido de la Iglesia. Tenemos que ver cómo los ángeles mismos en el momento de la Ascensión, les dijeron a los apóstoles que no se quedaran con los brazos cruzados mirando al cielo, sino que tenían que realizar el encargo de Cristo y extender la Redención. El sentido de la Iglesia no es nunca una resignación pasiva.

De hecho, le pasaba a San Pablo con los de Tesalónica. (Hoy leíamos la Carta a los Tesalonicenses. El domingo pasado también y me acordaba de aquella chica que leía: —Carta de san Pablo a los tes, tes, tesal,...censes. Y al domingo siguiente leyó también y dijo: —Carta de san Pablo a los mismos del domingo pasado). No querían trabajar. Estos lo entendieron muy pronto y dijeron: —como vamos a ir pronto al cielo, no merece la pena de trabajar. Y san Pablo les sacude y les dice: «El que no trabaje que no coma», es decir, aplícate el cuento y di: como voy a ir pronto al cielo, no voy a comer. Pero eso no se suele aplicar: comer sí, lo que no hay que hacer es trabajar. ¡Pero comer!, ¡eso, aunque vayamos a ir pronto al cielo merece la pena! Y por eso dice él: «El que no trabaja que no coma tampoco», por el mismo principio, o sea, esa es una de las razones. Vale para muchas otras cosas que a veces se deducen de aquí: El valor de una cosa no depende de la proximidad de la muerte sino del valor que tiene la cosa. La proximidad de la muerte puede hacerme comprender el valor de la cosa. Pero, cuando se dice por ejemplo: san Pablo decía que la virginidad era buena porque creía que iba a morir pronto. —No, mire, si era porque iba a morir pronto, mientras no me muero yo debo hacer las cosas según su valor. Si la cosa no tiene valor, aunque esté la muerte cercana no lo tengo que hacer; y si tiene valor, aunque la muerte esté cercana lo tengo que hacer. Por lo tanto eso no son

argumentos. Pero sigamos a ver cuál puede ser ese motivo.

Tampoco es la razón, por la cual no pensamos con alegría, la falta de fe sustancial, porque creemos, creemos en el cielo como en otras verdades, entra en nuestra profesión de fe. Tampoco es el temor de la muerte el que nos impide tener esa alegría del cielo, porque aun cuando es verdad que la muerte es un paso amargo, no impide tener la alegría del cielo. Hay muchos pasos amargos que no nos impiden desear los grandes bienes, por ejemplo, el desear la salud aun cuando tenga que pasar por una operación dolorosa. Yo deseo y anhelo la salud que espero tener después.

Tampoco es argumento la inseguridad de la salvación, y es que esa inseguridad de salvación tampoco es tan grande. Quisiera que esto lo viéramos con objetividad. No es que tengamos que estar temblando de si me salvaré, esa postura no es cristiana. Es verdad que yo no puedo tener seguridad absoluta de fe de estar en gracia de Dios, como dice el Concilio de Trento. De fe no, pero seguridad moral sí, seguridad suficiente, serena, sí la tengo. Y por lo tanto, no es tan insegura la salvación, tan incierta. Debemos pensar que la salvación no es una cosa aleatoria, que dependiera del juicio humano de una persona más o menos informada; o no lo asemejemos de ninguna manera a un examen que se da en un determinado momento, en el que uno no es

totalmente dueño de sí mismo. Tenemos, por la esperanza misma, la seguridad moral de salvarnos. Si no tuviéramos esa seguridad moral no tendríamos esperanza. Yo tengo que tener esperanza. La virtud de la esperanza es necesaria al cristiano. Y la esperanza es la esperanza de la vida eterna, de la salvación eterna. Por lo tanto, tengo que tener esa seguridad moral. El hecho mismo de salvarse tampoco es tan difícil, no agudicemos eso y no digamos: qué difícil es. No es verdad, el Señor no ha hecho las cosas particularmente difíciles. El Señor pide de nosotros una sincera voluntad de seguirle honradamente; más os digo: difícilmente tendremos jamás en la vida una seguridad moral tan grande como esta. De cuanto puede depender de la voluntad humana, no tenemos seguridad absoluta, es verdad, es solo moral; y no obstante, esa oscuridad que puede haber en nuestra vida, la seguridad moral subsiste. De modo que tampoco es este el motivo. No es verdad, no es lo que impide nuestra alegría del cielo, nuestra esperanza del cielo.

Tampoco es, que nos encontremos tan bien en esta vida. A veces diría uno: como estoy tan bien en la tierra, no tengo tiempo de pensar en otras cosas superiores. La alegría de la vida terrena no es tan grande. Hay muchas personas que no tienen tantos goces sobre la tierra y tampoco tienen la esperanza viva de los bienes eternos.

Tampoco es razón para no tener esta alegría la lejanía del cielo, los años que nos faltan para llegar allí. Tampoco es razón suficiente, no explica nuestra falta de esperanza.

¿Cuál es entonces la verdadera razón por la que no nos sentimos llenos de alegría y de esperanza? **La falta de fe viva**, de vivacidad de la fe, no de la fe sustancial. Hay algo que está íntimamente en conexión con la naturaleza misma de la fe, ese muro de la fe que nos separa de Dios, de las realidades eternas, al mismo tiempo que nos acerca a ellas. Las realidades eternas están muy cerca, pero al mismo tiempo nos aleja de ellas esa fe que acercándonos, nos mantiene distantes. El objeto de la fe son cosas que no podemos tocar con nuestros sentidos humanos. Ahora bien, lo que es invisible deja una impresión más fuerte de cuanto puede dejar una reflexión abstracta, una lectura científica, lo captable por los sentidos. Y aun cuando algunas cosas aparentemente más espirituales,—ciertos ideales políticos o familiares— pueden también arrebatar al alma, ni siquiera en esos casos se trata de cosa puramente espiritual, y hay muchos aspectos que son al mismo tiempo sensibles y controlables.

En cambio, en la fe nos encontramos con nuestro pensamiento objetivo, que aceptamos, que creemos, pero no tiene repercusión perceptible. Oramos y no vemos el fruto de nuestra oración, no lo tocamos. Al menos, no podemos decir que si no

hubiéramos orado no hubiéramos obtenido aquello que ha sido objeto de esa oración. No puedo controlar la conexión y esa evidencia no la tengo. Hacemos obras buenas, merecemos, pero no recibimos una especie de billete en el que conste: tantas obras buenas que has hecho, vas a recibir tanto. Tampoco recibimos ese control: vamos haciendo buenas obras, nos movemos en la fe, más, cometemos pecados y no pasa nada en lo perceptible, no recibimos más castigos. Y a veces, los que pecan viven bien sobre la tierra, cómodamente, y no les falta nada. Por lo tanto, esos elementos que lleva consigo la fe, hacen que a veces nuestra fe pierda viveza, porque no hay control posterior. Vivimos en esa vida de fe.

Ahora bien, es verdad que Jesús nos ha abierto una grieta en ese muro de bronce, y aun cuando nosotros no hayamos entrado dentro, el Hijo de Dios nos ha contado lo que hay, como El mismo lo dice en el evangelio, y nos da esa seguridad. Dice san Juan: «El Hijo que está en el seno del Padre, Él nos lo ha contado». La Iglesia conserva eso que Él nos ha contado después de haber escrito en aquel muro de bronce esta palabra, esta bienaventuranza del Señor: Dichosos los que no han visto y han creído, «dichosos los que sin haber visto han creído». Esa doctrina es mucho y es poco lo que la Iglesia nos enseña, pero tenemos que fundarnos en ella, en lo que el Señor nos dice que es el cielo, lo que Él nos ha manifestado y

adonde entra El con su humanidad en el momento de la ascensión.

Hay por fin una razón que también nos oscurece y es un desesperado pesimismo. ¡Somos muy pesimistas! Nos hacemos así a lo largo de la vida. La vida misma nos va haciendo pesimistas. Deberíamos aceptar y esperar una felicidad perfecta, pero como en realidad jamás hemos sido plenamente felices, proyectamos esa nuestra persuasión y ponemos paliativos: una felicidad perfecta, en cuanto se puede desear, en el fondo, parece que también aquella felicidad tendrá elementos un poco aburridos, de manera que no pueda ser la felicidad perfecta. Y decimos: perfecta en cuanto humanamente se puede, en cuanto la creatura lo puede. No tenemos un elemento de comparación de lo que es la felicidad perfecta, porque no la hemos tenido nunca del todo. Por eso siempre nos quedamos con una proyección de nuestras felicidades de acá. Por lo tanto, la falta de fe viva y un cierto pesimismo, son las razones, en el fondo, que explican que no tengamos esa alegría y esperanza viva.

Vamos a entrar en lo que es **el cielo**, en lo que la Iglesia nos comunica de lo que ha recibido del Señor. Para poder penetrar y reavivar nuestra fe, hay dos caminos: Uno, el camino del poeta y del pintor: poetizar lo que es el cielo. Este camino, a veces luminoso, con imágenes de tipo humano, terreno, no hay que despreciarlo. ¡También uno puede poetizar!

Pero hay otro camino, que es razonando el contenido de las fuentes de la fe, partiendo de los elementos que nos proporciona la fe misma: ¿qué dice la doctrina de la Iglesia?, ¿qué dice la fe? Es lo que voy a tratar de hacer ahora: ver qué es el cielo, ver algunos de esos elementos que nos ayudarán a tener nuestro corazón en el cielo, para que también nuestros corazones estén con Cristo, allá.

Primer aspecto: Es el de **nuestro ingreso en el cielo**, algo que nos sucederá, que nos va a pasar, relativamente dentro de poco tiempo. Nos estamos refiriendo, por lo tanto, a algo que vamos a vivir nosotros: nuestra entrada en el cielo y **nuestra transformación**, una transformación que se va realizando ya en esta vida. Si uno piensa en cómo era hace 20, 30, 50 años, ve que hay una transformación, pero que al llegar el momento de la muerte se realizará plenamente. Esa transformación consiste ante todo en la espiritualización, primero, del alma. El alma no es espíritu puro y tendrá que recibir un modo de vivir que le haga más parecida a los espíritus puros, que sustituya lo que en sí misma no tendría por su vínculo con la materia: hay elementos que tiene para estar con el cuerpo. En el momento de la muerte, el espíritu tiene que transformarse, tiene que recibir una espiritualización, es decir, el alma se hace más angélica.

Es un primer paso: el Señor nos dará la posibilidad de vivir en el reino de los espíritus. Y esta



alma, hecha de manera que pueda vivir como espíritu puro, recibe con ello la coronación de la vida sobrenatural, la gracia, que es vida del alma. El alma creada por Dios de modo que puede ser defectible por el pecado, en el momento de la muerte será plenamente consciente de la gracia que tiene en sí misma y sentirá una fuerza vital que la inunda toda, es la gracia santificante. En este mundo, uno que tiene fe, que cree, solo tiene un juicio moral cierto, en cuanto se puede, de haber hecho cuanto debía para mantener la gracia; pero no la siente internamente como gracia santificante. Incluso puede tener ciertos elementos psicológicos, y los tiene de ordinario, pero no la nota como gracia santificante. En este sentido, es verdad que solo después de la muerte se llega a la posesión plena de la vida sobrenatural. Ahora, nos falta todavía la luz de la gloria, el último desarrollo de la gracia. Es lo que nos da la visión de Dios, mirándolo cara a cara, para penetrar en el Señor, para vivir la amistad. Hay grados diversos de gloria, que para nosotros resulta difícil el medir y diversificar. Serán proporcionales a los méritos, al vigor de la vida sobrenatural, que aumenta y crece con los sacramentos, con las buenas obras. Todo lo que no sea pecaminoso, hecho en gracia de Dios, será positivamente perfecto, es decir, perfecciona el alma y aumenta la gracia santificante. Y cuanto más meritoria es la obra, más será de provecho para la gloria. Ese más y ese menos es lo difícil de medir. No

se puede expresar matemáticamente. Quien concibe la gloria como una visión, dirá que nos admiten a una visión a mayor o menor distancia —por poner imágenes, por decirlo así—, a una visión más o menos clara. Quien la concibe como una unión de amor con Dios, consistirá en ese mayor o menor grado de amor, en esa más o menos estrecha amistad, pero vivida, palpada. Comprensión e intimidad con Dios, y las dos cosas se dan. Las diferencias pueden ser grandes, en las parábolas del Señor se habla del 30%, 60 y 100%.

Junto con esa entrada transformativa hacia la visión de Dios habrá una **consolidación en el bien**, definitiva y para siempre. Ya el alma no es defectible, está fija en el Señor y vendrá en su momento la **espiritualización del cuerpo**. Esto también es una verdad que entre nosotros hoy no tiene el relieve que tenía en la predicación de los apóstoles. La gran verdad que ha llevado el cristianismo, no es tanto la inmortalidad o la glorificación del alma, porque más o menos existía en muchas corrientes platónicas o neoplatónicas, como las que nos están hablando ahora las lecturas de San Agustín, la gran verdad del cristianismo, la que escandalizaba a los paganos era que nuestra carne sería inmortal. Es lo que predicaban los apóstoles, lo que predicaba san Pablo y lo que les resultaba inaceptable: que nuestra carne fuera participante de la gloria divina. Por eso, esa resurrección y glorificación del cuerpo es fundamental en el mensaje cristiano. Y el Señor nos

ha querido mostrar, cómo El mismo con cuerpo y alma sube al cielo, y que la Santísima Virgen también fuese llevada al cielo en cuerpo y alma. Por lo tanto esto es importante.

Ahora vamos a penetrar un poco en esa verdad del cielo. Esto es, nuestra transformación, la personalidad sobrenatural que tiene el bienaventurado y que tendremos nosotros entonces. Vamos a barruntar algo: ¿Qué quedará finalmente del propio yo, cuando acabe esa transformación que hemos indicado?, ¿qué quedará de mi yo?, ¿entonces seré yo propiamente aquel, o seré ya otro? No imaginemos este proceso de transformación como una sucesión continua; en esto no hay tiempo, es momentáneo. El cuerpo resucitará en su momento, pero lo demás es instantáneo. No hay olvido, es decir, si en el momento en que fuésemos glorificados, hubiese algún olvido de nuestra realidad pasada, no sería yo el que fuera glorificado, el que fuera feliz. Por tanto, no habrá olvido, hay unidad de conciencia. Se puede comparar ese estado después de esa transformación, con lo que pasa entre la madurez del adulto comparada con la infancia. Es una forma de maduración: El niño que llega a la edad adulta es el mismo, pero con una gran diferencia. De modo que nosotros comprenderemos perfectamente cada instante de nuestra vida en ese mundo, en ese instante poseeremos en pleno la vida de lo que somos hasta entonces. Podemos decir que este es el

momento en que somos más nosotros mismos. Porque retenemos todo lo que hemos sido hasta ahora y jamás hemos sido tanto como ahora somos. Todo lo que hemos sido hasta este momento presente, lo tenemos ahora. Lo interior del hombre se ha enriquecido. Yo en cierta manera poseo toda mi vida hasta ahora, en este momento mío presente.

Pero ¿qué pasa? Que en la tierra, aunque esto es verdad, vivimos el momento presente luminosamente, pero con ese acompañamiento más oscuro del pasado, que en este presente se concentra, no desaparece del todo. Todo eso somos en cada momento. En el cielo, en cambio, cada momento de nuestra vida viene restablecido y renovado con toda su fuerza y todo su vigor. Por lo tanto, la gloria viene a coronar toda nuestra vida, toda nuestra personalidad en pleno. Entonces diremos sin duda ninguna: ahora me he encontrado a mí mismo, ¡esto soy yo!, ¡me he encontrado en el pleno de mi realidad!, ¡soy yo! ¡Y eso, como nunca lo habremos dicho! Y así se conservará en el cielo la peculiaridad personal de cada uno: cada alma tiene sus propias peculiaridades personales, cada una es una obra de arte singular. Cada alma —de parte de Dios— está hecha de tal manera por El, que jamás se identificará con otras. De igual manera que cada cuerpo tiene sus propios rasgos, cada alma es una obra de arte de Dios y mantendrá su carácter. Lo interior del alma se desarrollará bajo todos los influjos. Los influjos más

que en el cuerpo, tienen eficacia en el alma: en el modo de ser, de pensar. El alma misma viene influenciada. La gracia no es solo algo que viene de fuera de la personalidad, sino que congenia con la naturaleza de la personalidad concreta, —diremos que— aquella gracia concreta, se ha hecho para este hombre concreto, para esta alma concreta. Por eso la gracia no es antinatural, no es sin ninguna relación con la naturaleza ya existente, sino viene a perfeccionar esta naturaleza concreta.

Quitemos siempre de la mente de Dios y tenemos que quitarlo, todo lo que supone abstracción, universalización. Él tiene delante toda la realidad de la humanidad concreta, sabe todo lo que esa humanidad es en todos sus elementos constitutivos, y por eso al dar la gracia, la da en correspondencia a la propia naturaleza. No tenemos que olvidar nunca que Dios, desde el principio ha creado aquella alma para este cuerpo y desde el principio esta personalidad concreta es conocida por El, la conoce más de cuanto el hombre se conoce a sí mismo. Y Dios no ha tenido otra intención que la de llevar a esa persona a la gloria, llevarla a la intimidad de su amor. Todo lo ha tenido delante de los ojos, hasta que ha llegado este momento de la glorificación de esta persona. El glorificarla por fin, en la gloria, lo hace el Señor con el cariño y el amor de su infinito Corazón.

Pasamos a un segundo aspecto de esta glorificación, es **el aspecto comunitario**. Ese cielo que se nos abre será una gran comunidad. La Sagrada Escritura nunca habla del cielo como de un asunto individual sino en las imágenes que presenta del cielo, no solo en el Apocalipsis, donde aparecen aquellas multitudes que están delante del trono de Dios y del Cordero, sino las mismas imágenes de Jesús siempre hablan de una fiesta de bodas, de un banquete, donde nos coloca en una relación social. Por lo tanto, no es el solo de cada uno con Dios y se pierde y no hay más. El cielo es un pueblo que se salva, —es parte esencial— el cielo que se nos abre es una gran comunidad. El orden sobrenatural incluye en este mundo, muchos aspectos comunitarios sobrenaturales. Es cierto que todas las sociedades humanas sobre esta tierra deben ordenarse —al menos finalmente, no siempre próximamente— al orden sobrenatural; también la sociedad civil: la deportiva, la cultural, en último término está puesta para que el hombre se salve. Tiene que servirse de ella en orden a la salvación final. Pero no todas las sociedades se han instituido precisamente para promover el proceso sobrenatural.

Pues bien, de estas sociedades, podemos admitir sin duda alguna que, en el cielo quedará cuanto en ellas tiene valor sobrenatural en sentido social. No será, por lo tanto, un mero recuerdo lo que tendremos, queda lo que es trascendental en nuestra

vida social, y que venía a estar cubierto por elementos mortales o naturales. Cuando por fin lleguemos al cielo, quedará la conexión que había dentro, de carácter sobrenatural. Evidentemente, en el orden sobrenatural la comunidad celeste está constituida por la familia, por las relaciones eclesiales. La amistad aparecerá en pleno, la amistad que se haya fundado aquí, en la comunidad, de verdaderos ideales sobrenaturales: la comunidad religiosa, la comunidad apostólica, comunidad de congregaciones, de trabajos apostólicos, etc. Todo eso evidentemente quedará en el cielo. Precisamente tiene una finalidad para este progreso sobrenatural, directamente tal.

¿Qué decir de las amistades que no hayan estado bien fundadas sobrenaturalmente, una, fundada sobre la simple simpatía humana o sobre la comunidad de pecados? Si se salvan, ¿continuarán aún? No podemos hacer afirmaciones ciertas. Existirán como realidad en la memoria, pero solo un recuerdo, nada más. En cambio, lo que son sociedades de lazos sobrenaturales quedan. Por eso, cuando un sacerdote por ejemplo ayuda a los fieles a la salvación, ese hecho no quedará solo en el pensamiento sino fundará aquella comunidad sobrenatural, celeste, aun cuando sobre la tierra no haya existido aquella simpatía. Esas realidades pues, se realizarán. Hay una conexión social. Encontraremos, en esa sociedad sobrenatural, el mundo de los santos, con los que tendremos contacto

personal, sin ninguna de las dificultades que sobre la tierra puede impedir nuestra unión con ellos, sin temor de quitar, o pueda turbar algo nuestra relación hacia ellos, sin el temor de estorbar dentro de ese orden la relación con Dios. Por eso, las relaciones que hemos tenido, en un sentido sobrenatural, vinculado a la misma consociación humana, de influjo o de participación de espíritu, son elementos de carácter sobrenatural que vinculan y forman esa sociedad que permanecerá también en el cielo. Esas relaciones sobrenaturales, la asociación con los santos, con las personas muy unidas al Señor, serán fuente de alegría, por ejemplo, los miembros de la misma familia estarán unidos indudablemente en el cielo por los vínculos sobrenaturales del matrimonio cristiano y de la ayuda mutua que se han prestado. A la familia corresponderá un puesto de preferencia. Esto no quiere decir que el cielo se vaya a desarrollar en un sentido de vida familiar a la manera terrestre, pero sí se dará en una proximidad muy particular, en el estar muy cerca, muy unidos entre sí. Todo esto nos tiene que alentar mucho.

Y queda un último punto: **la gran visión de Dios**. Porque todavía no hemos dicho más que: la transformación, la personalidad, la plenitud del ser de cada uno de nosotros, la comunión con los demás. Pero todo esto está invadido y dominado por la gran visión de Dios, por la comunión cara a cara con Dios. Hay una transformación personal y una comunidad



en el cielo, pero la cumbre de todo esto es la visión de Dios. La vida trinitaria es el aspecto más grande del cielo: esta posesión y visión, ¡no puramente una contemplación visual!, sino el gozo de una unión, de una entrega, eso que llama el sínodo «amistad cara a cara con Dios». Podemos sospechar esta visión por lo que nos cuentan los santos, y de ahí que existe una cierta analogía con lo que nosotros vemos y sentimos.

En nuestros sentidos hay un movimiento más inmediato y más directo, un conocimiento más directo de las cosas. Además del conocimiento de nuestros sentidos, cuando vemos, tocamos, hay otro conocimiento más mediato y más abstracto. A nosotros nos hiere más el conocimiento inmediato: lo que vemos, lo que tocamos. Pues bien, cuando hablamos de visión de Dios, queremos hablar de un conocimiento inmediato de Dios. Si usamos la imagen de la visión, —corporal— es porque aunque Dios no es visible con los ojos corporales, hay una visión inmediata y un conocimiento inmediato, no por abstracción. Nos dicen algo de esto los santos. En las vidas de los santos leemos los raptos o éxtasis, ¿cómo sucede esto? Ante ellos por un momento, se ha corrido el velo del cielo y han entrevisto, de un modo vago e indeterminado. Diríamos, algo así como si en medio de un gran paisaje, en un segundo, se abriesen los ojos de un ciego y solo mirase un segundo y se cerrase. Eso es un raptó. Así, tenido como un chispazo, no habría visto nada en ese segundo, pero

tendría como un deseo loco de ver, porque lo que había visto, le había descubierto un mundo nuevo. Algo así es lo que los santos nos describen.

San Pablo decía que no era lícito al hombre hablar de lo que él había visto cuando fue elevado al tercer cielo. Esto sucede en lo que es la visión, el éxtasis o el rapto de los místicos: en un sentido indeterminado —y esto es lo que tiene valor— y junto a eso que han entrevisto de la realidad celeste, han escuchado esa expresión: —haz esto, o haz lo otro. Pero lo importante es lo que ha entrevisto de Dios. ¿Qué ha entrevisto? Pues ¡no es nada y ha visto todo! Ahí vienen las expresiones que parecen contradictorias.

Esto va ordenado hacia el Señor, nos da una pequeña indicación de lo que será la visión personal de Dios, lo que será la plenitud de nuestra alegría en el cielo. No es ahora tiempo de explicar el ingreso en la profundidad de la divinidad, en la riqueza de Dios mismo, en el recibir de El —lo que dice el Apocalipsis en el cap.11, vers.17—: «aquella piedra blanca donde hay un nombre escrito que solo conoce Dios y el que lo recibe». Es **la intimidad del don divino**. La piedra blanca indica el amor personal de Dios, el don personal de Dios al alma, su concreta realización de la divinidad en él, es la plenitud de la comunicación divina, es la verdad que nos espera, la verdad que nos abre el Señor con la ascensión al cielo. Es la imagen del alma que se acerca a la vida eterna y va, dejado

todo en orden, como cumplida ya su misión... Así como Jesús al subir al cielo deja todo en orden: se despide, hace los encargos y sube al cielo, es como cada alma debe subir al Señor, como dejando en orden todo sobre la tierra. ¿Qué queda? Entrar en la gloria del Padre, entrar en la visión del Señor y recibir aquella piedra donde está escrito el nombre personal de la intimidad de Dios conmigo. Y con eso, ser eterna y definitivamente felices. Esto es lo que nos espera, lo que la doctrina de la Iglesia nos transmite y con lo que nos hace formular esa fe: Creo en la vida eterna y espero esa vida eterna que el Señor ha preparado para mí, para todos nosotros.

## 5.- Santo del Mes

---

13 de noviembre

### **SAN ESTANISLAO DE KOSTKA**

Es un joven admirable, que para nosotros puede ser un modelo también espléndido de generosidad y de entrega y de fidelidad al Señor, y de amor a la Virgen, ese amor tierno a María. Éste es el famoso caso que se suele contar, es de San Estanislao, en que un día el maestro de novicios le preguntó: —Estanislao, ¿pero quieres mucho a la Virgen? Y él le contestó con esa sencillez: —¿No la voy a querer si es mi Madre? Esa fue su sencilla respuesta.

*(Homilía a religiosas, 13 de noviembre de 1985)*

Su hermano le maltrató físicamente muchas veces. Lo apaleó y lo pisoteó y lo despreció, pero él seguía fiel. Y en alguna ocasión en que él estaba enfermo y no había manera de que trajeran un sacerdote que le llevara la Comunión, encontrándose grave, se cuenta de él que la Virgen se le presentó con el Niño y dejándole el Niño en sus brazos, como trayéndole la comunión a él, lo cual le confortó. Y de labios de la Virgen escuchó la voluntad del Señor de que entrara en la Compañía de Jesús, en cuyo colegio

él estaba estudiando. Y muy jovencito, con sus 15 años, 14, 15 años, pidió que le admitieran en la Compañía. Y no le admitieron por miedo a sus padres, porque sus padres eran capaces de montar una persecución contra la Compañía en Viena, porque eran potentes, eran poderosos. Y entonces, por miedo a sus padres le aconsejaron que no entrara, que no lo hiciera, que tuviera paciencia y siguiera adelante. Pero él, en su afán de entrar en la Compañía se escapó de Viena.

Se escapó y se presentó al Provincial de entonces de la Provincia de Alemania que era San Pedro Canisio. Y San Pedro Canisio lo recibió, creo que era en Colonia, en una de las ciudades alemanas, Múnaco. Y allí él se le presentó repitiendo las mismas palabras y pidiendo ser admitido en la Compañía: que él quería ser de la Compañía, porque la Virgen también le había indicado que esa era la voluntad de su Hijo y que entrara en la Compañía. Y el Padre San Pedro Canisio tampoco se atrevió por la misma razón, porque se temían reacciones violentas de sus padres. Y entonces decide proponerle una cosa: que fuera a Roma, que fuera a Roma, y que fuera allí donde el Padre General, que era San Francisco de Borja. Y que se le presentara, que él le escribiría una carta indicándole la situación en que se encontraba, recomendándole para que le recibiera en el noviciado de Roma de la Compañía.

Y entonces le entregó una carta que se conserva allí en Roma, que es una carta que escribe San Pedro Canisio a San Francisco de Borja hablándole de San Estanislao de Kostka. Una carta, que es preciosa esa convergencia de tres santos en ese documento, están ahí. Y él, tomando esa carta con otros tres o cuatro compañeros, que también son citados en la carta explicándole quiénes son y por qué van, pues de este se le dice: «Este es un joven polaco, a quienes los nuestros de Viena no se han atrevido a recibirlo por temor a sus padres, y ha venido aquí. Entonces lo enviamos ahí para que vean qué se puede hacer con él, si puede ser admitido en la Compañía. Nosotros esperamos de él cosas grandes». Ese era el juicio de San Pedro Canisio.

Y con sus 15, 16 años, 17 años emprende a pie el camino desde Alemania a Roma, a través de los Alpes, y se lo atraviesa caminando, en peregrinación. Hasta que llega a Roma, se presenta, le acoge San Francisco de Borja, le da su abrazo de bienvenida, y entra en el noviciado del Quirinal. Y allí está en el noviciado del Quirinal como novicio, con sus 17 años, 18 años ya. Y él va enardeciéndose en ese amor al Señor y amor a la Virgen, que es como su característica: el amor a la Virgen.

Y entonces, llegando el mes de agosto, algo menos que el mes de agosto, él siente como un deseo grande de participar en la fiesta del Cielo por la entrada de la Virgen: la Asunción de María. Y se lo

pedía así a la Virgen, el vivir esa fiesta en el cielo, y le pareció que la Virgen se lo concedía. Y lo contó él, que él creía que iba... —¡pero estaba bien!, estaba bien de salud—, que iba a pasar la fiesta de la Asunción en el Cielo. Y entonces, pocos días antes de la Asunción pues tuvo una pequeña molestia, una cierta fiebre. Se tuvo que retirar. No parecía la cosa mayor, pero la víspera o antevíspera de la Asunción se agravó y se murió. Se murió a los 18 años. Es el patrono de los novicios. Y es el ejemplo de lo que es una vocación difícil, difícil, que encuentra no facilidades, sino toda la dificultad por parte de los suyos, de su hermano, por parte de su padre sobre todo. Y que, a pesar de eso, lleva esa tenacidad, y donde le espera el Señor acogiéndole con toda la riqueza de sus dones. Y la Virgen lo espera en la Compañía en el noviciado, sin pasar del noviciado, para acogerle después de esa ofrenda generosa de su vida a través de esas persecuciones, dificultades que había vivido en ese período, breve, pero intensamente vivido en el seguimiento del Señor, en la fidelidad a su vocación.

Y ahí está enterrado en Roma, en San Andrés del Quirinal, donde estaba el noviciado. Es una iglesia preciosa, San Andrés del Quirinal, la Iglesia que correspondía al Palacio Real, porque el noviciado de la Compañía estaba muy cerca del Palacio Real de Italia. Y ahí está, en uno de los laterales, en una capillita encantadora, están ahí los restos de San Estanislao de Kostka. Mientras que más arriba se

conservan lo que se llaman ‘las habitaciones de San Estanislao’, que se visitan también, que es donde estaba el lugar en que murió, y donde estaba la enfermería del noviciado del Quirinal. Y hay una reproducción de San Estanislao preciosa, hecha de mármol de colores diversos, donde está el momento de su muerte, teniendo en su mano una imagen de la Virgen. Y es preciosa, de mármol blanco la cabeza y las manos de mármol negro, y la sotana, el cuerpo. Y luego la colcha, el colchón con ondulaciones que parece, parece real, también de mármol. El autor, el escultor de esa estatua, de esa estatua yacente en el lugar de la muerte de San Estanislao —donde se puede decir la Misa—, él era, no era creyente y se convirtió haciendo esa estatua, esa imagen de San Estanislao de Kostka.

*(Homilía a religiosas, 13 de noviembre de 1991)*





**LUIS MARÍA MENDIZÁBAL OSTOLAZA, S.J.**

*Oración para la devoción privada*

Dios Padre misericordioso, que quisiste revelarnos la profundidad de tu amor en el Corazón de tu Hijo: el mismo Corazón que modelaste en las entrañas de la Virgen María por medio del Espíritu Santo, que fue traspasado en la cruz y que ahora permanece vivo y palpitante en la Eucaristía.

Tú concediste al P. Luis M. Mendizábal, jesuita, un conocimiento ardiente y una vivencia profunda del misterio del Corazón de Cristo, e hiciste de él un infatigable apóstol, padre y maestro espiritual.

Concédeme, por su intercesión, buscar en todo tu mayor agrado, ser siempre bueno con todos, colaborar con tu Hijo Jesucristo en la redención del mundo y, si es tu voluntad, el favor que te pido (pídase).

(Padrenuestro, Avemaría, Gloria)

De conformidad con los decretos del papa Urbano VIII, declaramos que en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica, y que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.

## **BREVE BIOGRAFÍA**

El padre Luis María Mendizábal Ostolaza S.J. nació en Vergara (Guipúzcoa) el 4 de junio de 1925. Ingresó en la Compañía de Jesús en Loyola el 28 de agosto de 1940, fue ordenado sacerdote en Innsbruck (Austria) el 25 de julio de 1952, e hizo los últimos votos el 15 de agosto de 1958.

Formado en las Facultades de Teología de Sant Cugat (Barcelona), Innsbruck (Austria) y Gregoriana (Roma), con apenas 31 años fue destinado como profesor de Teología Espiritual a la Universidad Gregoriana de Roma (1956-1970). En esta época trabajó relación con algunos teólogos y padres conciliares, y se extendió pronto su fama como magnífico confesor y consejero espiritual.

Posteriormente, compaginó su actividad docente en Roma con nuevas tareas en España: fue instructor de jesuitas de Tercera Probación en Gandía (1966-1969), y dedicó muchos años al Apostolado de la Oración (1969-1994) del que fue Director Nacional, al tiempo que dirigió la revista Reino de Cristo. Colaboró en la formación espiritual de los candidatos al sacerdocio en el Seminario Diocesano de Toledo. Fue confesor en la iglesia de los jesuitas en Toledo (1994-2011), y los últimos años los vivió como colaborador en la enfermería de la residencia de jesuitas de Alcalá de Henares (Madrid), donde siguió atendiendo hasta el final de su vida a cuantos se acercaban para buscar su consejo espiritual.

Director de cientos de tandas de ejercicios espirituales e incansable apóstol del Corazón de Cristo, falleció en Alcalá de Henares el 18 de enero de 2018 a los 92 años de edad, dejando una huella imborrable en los que le trataron por su fervor espiritual, alegría profunda, misericordia entrañable y celo apostólico.

Se ruega comunicar los favores recibidos por su intercesión a:

- Causa Padre Mendizábal (calle Alfonso XII, 1. 45002 - Toledo).
- [favores@padremendizabal.com](mailto:favores@padremendizabal.com)
- Más información: [www.padremendizabal.com](http://www.padremendizabal.com)

*Con licencia eclesiástica*